

Carta - Artículo. Sr. D. Mariano José Madueño. 2-44 (11)
("El Mundo Latino", enero 1905)

O. Completas.
tomo VIII

Carta-artículo.

DE D. MIGUÉL DE UNAMUNO

Rector de la Universidad de Salamanca.

Sr. D. Mariano José Madueño:

Mi estimado amigo: En el núm. 101 de EL MUNDO LATINO que usted dirige lee un artículo titulado «Sinceridades—La reconquista moral de América», firmado por D. Arturo G. Cardona, y como contera del cual iba la carta que escribí al Sr. Director del *Heraldo de Madrid* acerca de eso de la Universidad hispano-americana, y en el núm. 102 del mismo semanario acabo de leer otro artículo fir-



mado por usted y que se titula "La proyectada Universidad Hispano-Americana de Salamanca", y en el cual guarda usted para conmigo la bondad de mencionarme con simpatía. Y como estoy perfectamente de acuerdo con lo que, con gran tino y acierto, dicen usted y el Sr. Cardona, y como me parece que debe insistirse en todo lo atañadero a ese proyecto, vuelvo a meter mi cuerto a espadas.

Usted sabe bien que la cobardía moral, y su hija primogénita la mentira, son las dos pestilentes plagas que tienen agarrotada y perlesuada al alma española. Respirose aquí un ambiente de falsedad y de ficción que acaba por matar los más generosos anhelos. Las gentes fingen entusiasmos que no sienten, y a diario se oye la atroz blasfemia de que hay cosas que no deben decirse.

Y entre las muchas mentiras que aquí corren y se propalan, es una de las mayores eso de la fraternidad hispano-americana.

Usted sabe que en la mayor parte de las redacciones de nuestros grandes diarios van los periódicos americanos al cesto de los pañales sin siquiera romperles la fajaja; usted sabe que los más de los españoles

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

Carta-artículo.

que se tienen a sí mismos por cultos y pasan entre las gentes por tales, ignoran los límites de Bolivia, hacia donde cae el Paraguay, y si la República del Salvador da al Atlántico o al Pa-



cífico; usted sabe que apenas se lee aquí libros americanos, á pesar de los esfuerzos que hacemos algunos escritores por darlos á conocer, esfuerzos que no nos toman en serio, cuando no nos los atribuyen á móviles poco elevados y menos puros; usted sabe que apenas se encuentra un español para quien las naciones americanas de lengua española tengan fisonomía propia, y lo mismo les da que un escritor sea argentino, chileno, venezolano ó mejicano; usted sabe esto y mucho más.

Y usted sabe bien que á esta nuestra necia soberbia la dan del lado allá de los mares lo que ella se merece, y que, triste es decirlo, pero la verdad debe decirse siempre, nos pagan en la misma moneda.

Estoy acostumbrado á que cuando un americano quiere elogiarme me diga que soy un literato de la literatura europea ó mundial, y hasta añada que no soy español. Y yo que me siento español, profundamente español, mucho más español que los que en España me motejan de no serlo, no suelo saber cómo protestar de ese ambiguo elogio de los que con él pretenden favorecerme.

Aquí apenas se hablaba de relaciones hispano-americanas hasta que perdimos nuestras últimas colonias en América y entonces nos entró de repente una especie de ternura maternal, ó lo que ello sea, y dimos unos cuantos en cacarear lo de la hermandad de raza, ó mejor de lengua. No faltó quien hablara de hijos ingratos sin percatarse de que los criollos descenden de los conquistadores y pobladores españoles de América aún más que los que somos nietos de los que se quedaron aquí, y otra porción de tonterías de ese jaez.

Mientras tuvimos colonias nos empeñamos en explotarla, trayendo de los Estados Unidos de la América del Norte trigo, que se molía en Cataluña y se volvía á llevar á Cuba en forma de harina, haciéndoles pagar carísima la maquila de la molinenda; cuando tenían el trigo á la puerta de casa. Y ahora pretendemos hacer una cosa parecida con la cultura científica, literaria y filosófica, y es traerla de Europa, traducirla aquí y llevarla traducida —y mal traducida— á la América española, sin advertir que allá pueden traducirla directamente y sin nuestra mediación. Porque no cabe duda de que en lo espiritual no está Madrid más cerca de París, Londres, Berlín ó Roma que lo están Buenos Aires, Santiago de Chile, Lima, Caracas ó México.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

Hay que repetir lo que ya en 1846 decía el genialísimo Sarmiento—un hombre extraordinario, á quien apenas se conoce en España, si es que se le conoce, fuera de una docena de personas—en carta que desde Madrid dirigía á D. Victoriano Lastarria—tampoco conocido aquí—y que figura en sus *Viajes*. Contaba en ella que contestando á un español al argumento de que la diferencia de ortografía marcaba una separación embarazosa entre España y sus colonias, le dijo él, Sarmiento: «Este no es un grave inconveniente; como allá no leemos libros españoles; como ustedes no tienen autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga; como ustedes aquí y nosotros allá traducimos, nos es absolutamente indiferente que ustedes escriban de un modo lo traducido y nosotros de otro.» Y esto que escribió Sarmiento en 1846 podría, si resucitase, volver á escribirlo en 1935.

Es indiferente, en efecto, que nosotros escribamos de un modo y ellos de otro lo traducido. Y respecto á lo no traducido, á lo nuestro propio, ó que pasa por tal, á lo que aquí se llama castizo, esto, francamente, hacen muy bien los americanos en no querer recibirnoslo. Porque observe usted que para que algo merezca aquí el dictado de castizo y español neto y de rancia cepa y nuestro con toda *nostridad* (páseme el neologismo), necesita tener, por fuera ó por dentro, bien á las claras ó tapado, algo de ese espíritu hostil á toda amplia libertad de conciencia. Aquí no

pasa por castizo y tradicional sino lo que lleva el marchamo histórico de la Inquisición, y de la peor de todas, de la que subsiste todavía. Todo lo demás son extravagancias, paradojas, novedades exóticas, rarezas copiadas de tíos (*sic*) que se achispan con cerveza en vez de achisparse con peleón, brumas hiperbóreas, y todo lo que usted quiera.

«¿Qué van á venir á aprender en España los americanos—he dicho á cuantos me han hablado de la flamante Universidad en proyecto—que no aprendan mejor en Francia, Alemania, Ing'laterra, Italia ú otra nación que haya entrado de lleno en las vías de la cultura moderna? ¿Castellano acaso? Saben el suficiente para entenderse; y además, con la Academia y los casticistas no es España la que puede imponer el monopolio de la lengua.» El argumento no tiene, como usted ve, vuelta de hoja.

Además, cuando un pueblo ó una provincia desea establecer un instituto de enseñanza fuera de los que la ley le obliga á sostener, le exige el Estado que demuestre primero que cumple con lo que la ley le manda. No se le permite á una ciudad que funde una escuela de artes y oficios, si no prueba—ó hace como que prueba, porque si hay cacique de por medio, se le pasa todo—que sostiene el número de escuelas que su censo requiere y que las



Carta - artículo

sostiene en las condiciones debidas. Y si esto exige el Estado á los organismos que de él dependen, ¿no ha de sujetarse á ello?

Lo que hace aquí falta no es crear una cosa á que se llame pomposamente Universidad hispano-americana, corriendo el riesgo de hacer el ridículo, pues el mayor mal sería llegar á inaugurarla con semejante nombre presuntuoso; lo que hace falta es mejorar nuestras Universidades, reduciéndolas en número si para ello fuere preciso, porque vale más tres ó cinco regulares que diez malas, y luego, si resultaban á la altura de las mejores del extranjero, no faltarían americanos que viniesen á ellas, como usted también acertadamente expone.

Pero aquí se mira esto de la enseñanza universitaria — en cuya eficacia nadie cree menos que los catedráticos — con el más mezquino criterio, y así, como la enseñanza superior es fuente de ingresos para el Estado, pues la produce más que le cuesta, así eso de que una Universidad produzca es la razón que aducen los que la defienden, para que no sea suprimida. Cuando es indudable que si entre las diez producen más que cuestan, cinco ó tres producirían muy poco menos y costarían muchísimo menos que diez, pudiéndose invertir más y con mejor aplicación en ellas.

Y luego viene la otra cuestión, la radical, la importante, la que esta asquerosa cobardía moral que aquí triunfa, trata de esquivar y rehuir; la cuestión que llaman inoportuna los que viven en perpetua mentira y los que estiman como el mayor bien una llamada paz que es la modorra más vergonzosa. Es la cuestión que trata en su artículo el Sr. Cardona.

Mientras en España no se conquiste de una vez y para siempre, definitivamente, la libertad de conciencia, y se conquiste de hecho y no de derecho sólo, en costumbre y no sólo en ley, y se oiga siempre y en todo caso con respeto á todo el que de buena fe exponga doctrinas, sean las que fuesen, y no haya gentes que protesten de esto ó de lo otro y se retiren de tal ó cual reunión, porque se someta á discusión un tema cualquiera, ni quede quien repita la necia frase de «eso no puede decirse aquí,» ni se propaguen los que llaman extravagancia á lo que no entienden y acaso ni conocen siquiera; mientras subsista todo esto, no debemos pensar en atraer á nadie de fuera.

Aquí no nos queda á los verdaderos españoles, á los que amamos de verdad á la patria y queremos que cobre en América prestigio y respeto y cariño, no nos queda otro camino que luchar y luchar sin descanso ni tregua.

Sabe es su afectísimo amigo y s. s.,

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 31 Enero de 1905.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES